

Historia 24—Muerte de Cristo

Al entregar Su preciosa vida, Cristo no fue sostenido por un gozo triunfante. Su corazón estaba destrozado por la angustia y oprimido por la oscuridad. Pero no fue el miedo ni el dolor de la muerte lo que causó Su sufrimiento. Fue el aplastante peso del pecado del mundo, un sentido de separación del amor de Su Padre. Esto fue lo que quebrantó el corazón del Salvador y provocó Su muerte tan pronto.

Cristo sintió la aflicción que sentirán los pecadores cuando despierten para darse cuenta de la carga de su culpa, para saber que se han separado para siempre de la alegría y la paz del Cielo.

Los ángeles contemplaron con asombro la agonía de la desesperación soportada por el Hijo de Dios. Su angustia mental era tan intensa que el dolor de la cruz apenas se sentía.

La naturaleza misma estaba en simpatía con la escena. El sol brilló claramente hasta el mediodía, cuando de repente pareció ser borrado. Alrededor de la cruz había oscuridad tan profunda como la más negra medianoche. Esta oscuridad sobrenatural duró tres horas completas.

Un terror indescriptible se apoderó de la multitud. Las maldiciones y los insultos cesaron. Hombres, mujeres y niños cayeron sobre la tierra en abyecto terror.

De vez en cuando, relámpagos brotaban de la nube y revelaban la cruz y al Redentor crucificado. Todos pensaron que su tiempo de retribución había llegado.

A la hora novena, la oscuridad se levantó del pueblo, pero aún envolvía al Salvador como con un manto. Los relámpagos parecían ser lanzados contra Él mientras colgaba de la cruz. Fue entonces cuando elevó el clamor desesperado:

«Dios Mío, Dios Mío, ¿por qué Me has desamparado?»

Mientras tanto, la oscuridad se había asentado sobre Jerusalén y las llanuras de Judea. Mientras todos los ojos se volvían hacia la ciudad condenada, vieron los feroces relámpagos de la ira de Dios dirigidos hacia ella.

Repentinamente, la oscuridad se levantó de la cruz, y en claras, tonos como de trompeta, que parecían resonar por toda la creación, Jesús clamó:

«Consumado es» (Juan 19:30). «Padre, en Tus manos encomiendo Mi espíritu» (Lucas 23:46).

Una luz rodeó la cruz, y el rostro del Salvador resplandeció con una gloria como el sol. Luego inclinó Su cabeza sobre Su pecho y murió.

La multitud alrededor de la cruz quedó paralizada, y con la respiración contenida contempló al Salvador. Otra vez la oscuridad se asentó sobre la tierra, y se escuchó un retumbar ronco como un trueno pesado. Esto fue acompañado por un violento terremoto.

La gente fue sacudida en montones por el terremoto. Siguió la más salvaje confusión y terror. En las montañas circundantes, las rocas se partieron y se precipitaron hacia las llanuras de abajo. Los sepulcros se abrieron, y muchos de los muertos fueron expulsados. La creación parecía desmoronarse en

átomos. Sacerdotes, gobernantes, soldados y pueblo, mudos de terror, yacían postrados sobre el suelo.

En el momento de la muerte de Cristo, algunos de los sacerdotes estaban ministrando en el templo de Jerusalén. Sintieron el impacto del terremoto, y en el mismo instante el velo del templo, que separaba el lugar santo del lugar santísimo, fue rasgado en dos de arriba abajo por la misma mano sin sangre que escribió las palabras de condenación en las paredes del palacio de Belsasar. El lugar santísimo del santuario terrenal ya no era sagrado. Nunca más la presencia de Dios cubriría ese propiciatorio. Nunca más la aceptación o el desagrado de Dios serían manifestados por la luz o la sombra en las piedras preciosas del pectoral del sumo sacerdote.

De ahora en adelante, la sangre de las ofrendas en el templo no tenía valor. El Cordero de Dios, al morir, se había convertido en el sacrificio por los pecados del mundo.

Cuando Cristo murió en la cruz del Calvario, el camino nuevo y vivo fue abierto tanto a judíos como a gentiles por igual.

Los ángeles se regocijaron cuando el Salvador clamó: «¡Consumado es!» El gran plan de la redención había de llevarse a cabo. Mediante una vida de obediencia, los hijos de Adán podrían ser exaltados finalmente a la presencia de Dios.

Satanás fue derrotado y supo que su reino estaba perdido.